

instrumental bibliográfico básico, sino que, además, este material, tan útil como selecto, es valorado en sus puntos básicos por un profundo conocedor del tema como lo es Piccirillo. Ciertamente no están todas las obras que podrían figurar, pero las que aparecen son las esenciales, con un énfasis especial en la puesta al día de los materiales seleccionados. No perdamos de vista, como ya he señalado al comienzo, que se trata de una obra concebida y abierta a todo tipo de lectores.

Impresionante es el esfuerzo documental que en materia de fotografías, mapa y planos proporciona el autor; y ello tanto por la cantidad como por la calidad del material fotográfico aportado, que sirve para ilustrar con enorme riqueza de detalles las exposiciones y valoraciones que realiza el autor a lo largo y ancho de toda la obra.

Un libro para todos, también para especialistas, fruto de un brillante ejercicio de síntesis en el que el saber y el rigor científicos rayan a una altura insuperable en este tipo de trabajos. No queda, pues, sino agradecer a Michele Piccirillo el esfuerzo realizado en beneficio de todos y a esperar que sus contantes trabajos en la materia sigan proporcionando esos importantes datos que nos viene ofreciendo desde hace años.

JUAN PEDRO MONFERRER-SALA
Universidad de Córdoba

PIERRI, Rosario, *Parole del Profeta Amos. Il libro di Amos secondo i LXX*. «Studium Biblicum Franciscanum», Analecta 59 (Jerusalem: Franciscan Printing Press, 2002), 161 pp.

Más de la última cuarta parte del siglo pasado ha sido testimonio de una creciente producción literaria en torno a la versión de los LXX y a su confrontación con el texto TM. La amplitud y organización de estos estudios puede verse en algunos importantes repertorios elaborados a propósito, tales como los de S.P. Brock - C.T. Fritsch - S. Jellicoe, *A Classified Bibliography of the Septuagint* (Leiden, 1973); C. Dogniez, *Bibliography of the Septuagint. Bibliographie de la Septante (1970-1993)* (Leiden - New York - Köln, 1995). La conocida serie de estudios dirigidos por Marguerite Harl en su excelente obra en colaboración *La Bible d'Alexandrie. Traduction et annotation des livres de la Septante*, no terminada todavía, junto a numerosas investigaciones sobre determinados libros por separado o sobre temas puntuales, es prueba de este gran auge. No hay duda del interés que tales estudios han suscitado entre los estudiosos, cuyos trabajos van

definiendo cada vez con mayor precisión no sólo el carácter de la lengua griega de los LXX, sino también, y especialmente, el papel traductológico que éstos tuvieron respecto al texto que cada traductor tuvo delante como base de su traducción, una *Vorlage* que puede coincidir, o no, con el TM. En esta línea se inserta el estudio que el Prof. Rosario Pierri ha realizado sobre el libro de Amós, y que constituyó el texto de su tesis doctoral defendida en la Università Cattolica del Sacro Cuore de Milán, bajo la dirección de la Profesora Anna Passoni Dell'Acqua, quien también prologa el libro.

Desde un principio manifestaré mi impresión sobre esta obra: se trata de un estudio lingüístico, comparativo, serio y detallado, llevado a término con precisión y sobriedad de análisis, que muestra la gran sensibilidad como filólogo de su autor. No dudaré en añadir que su ajustada y atenta metodología hacen del presente estudio una obra ejemplar, dado que abre un camino para otros tantos estudios todavía por hacer sobre la traducción de los LXX. No se puede no estar de acuerdo con lo que la Prof^a. Pazzoni dice a propósito de esta clase de estudios: “Sulla versione dei LXX è più lo studio ancora da compiere che quello già compiuto, ma ogni ricerca condotta è comunque un punto di partenza ed una promessa per le future” (p. 6).

No es, sin embargo, el primer estudio que se hace sobre el texto de Amós en la versión de los LXX. Distintos son los estudios de los que el autor da constancia en la Bibliografía (pp. 16 y 17), unos más generales (J.A. Arieti, 1974; J. de Waard, 1978; G. Howard, 1982; J. Meinhold - H. Lietzmann, 1905 y 1906), y otros más particulares (el de J. de Waard sobre Am 1,15, 1974; G. Howard, 1970; W.O.E. Oesterley, 1902). Con todo, el texto de Amós no ha sido de los más favorecidos, si los comparamos con otros libros del AT, como por ej. Josué. Pero quizás de entre todos, el que parece sobresalir sea otro estudio italiano, del que el Prof. Pierri da constancia y al que hace continua referencia, sin duda por su interés: S.P. Carbone - G. Rizzi, *Il libro di Amos: Lettura ebraica, greca e aramaica* (Bologna, 1993). Sobre esta obra, que tiene continuamente presente, confronta con frecuencia sus resultados, aprobando unas veces sus anotaciones o bien completándolas o puntualizando otras.

Pero, además, la obra de Carbone-Rizzi es sumamente importante para la investigación del Prof. Pierri por ofrecer también una sinopsis que le permite ver de un golpe el texto de los LXX, el TM, y el Targum. Para un trabajo de comparación de traducciones de esta clase los Targumim son de capital importancia, pudiéndose desvelar a veces

lecturas similares a las del texto griego, diferentes a la del TM. De igual modo es importante atender a otras versiones griegas del AT como las que hicieron los judíos Aquila (en tiempos de Adriano), Símaco (en tiempos de Septimio Severo) y Teodocio (hacia el 180 d.C.), traducciones de las que se sirvió Orígenes en sus *Hexapla*, las cuales pueden o no alinearse con el TM. A estas versiones acude de continuo el autor con resultados a veces muy esclarecedores para la compación del TM y los LXX.

Aparte de las páginas introductorias (*Presentazione*, pp. 5-6; *Prefazione*, p.7; *Abbreviazioni*, pp.9-10; *Bibliografia*, que el autor dispone temáticamente, pp. 11-24; y una breve *Introduzione*, pp. 25-27), la investigación como tal comienza con la traducción corrida del texto de Amós (pp. 29-38), a lo que sigue la investigación como tal: el análisis detallado versículo por versículo, que constituye el cuerpo principal del trabajo (pp. 39-150). Siguen las Conclusiones, breves y claras (pp. 151-157). Un índice de nombres de autores (159-160) y un índice general (p. 161) cierran esta obra, que podría calificar de “austera”.

Pocos son los versículos a los que el autor no le da una autonomía y, por tanto, fuera del proceso de estudio versículo por versículo. Son sólo 22, de un total de 146 que suman los Λόγοι Ἀμώς. Son los siguientes: Am 1,7.9.10.13; 2,5.12; 3,8; 5,13.14.17.18.23.27; 7,5.6.8.10.15.17; 8,2.13; 9,14. Sin duda, son versículos que para el autor no ofrecen el mismo tema de interés para la discusión. No han sido soslayados por difíciles. Textos más complicados han sido afrontados con éxito.

Este estudio del Prof. Pierri es un paso más para esclarecer la relación entre el TM y los LXX, una relación que debe precisarse y de la que depende no sólo una nueva visión de la traducción griega, sino también una visión renovadora del TM, un texto cada vez más discutido, siempre puesto en tela de juicio. No hay que olvidar las vicisitudes por las que pasa no solamente el TM, sino también el texto de los LXX: corrupciones propias de toda transmisión, fluctuaciones textuales, tradiciones de lectura sobre un texto consonántico, no vocalizado, y las continuas revisiones que se hicieron en la versión griega. No en vano Orígenes sintió la necesidad de restablecer el texto original, que intentó remediar con sus *Hexapla*.

El autor está siempre atento hasta el detalle en el paciente estudio de comparación entre el texto de los LXX y el TM, donde cualquier filólogo pone a prueba no sólo su capacidad de análisis, sino también

la sensibilidad necesaria para llevarlo a término. Detecta con atención los *hapax*, las glosas del traductor, el uso del léxico griego dentro del texto de Amós y en otros lugares de los LXX, como también la sintaxis. Detecta también algunos hebraísmos: el pleonástico αὐτός en 4,7 y 9,12; εἰ... εἰς νεῖκος en 8,7; πρὸ προσώπου en 9,4; y un semitismo en 5,2: προσθῆ τοῦ ἀναστῆναι (p. 153). En numerosos casos el autor intenta reconstruir incluso la posible *Vorlage* hebrea que subyace al texto de los LXX.

Dada la inmensa diversidad de fenómenos lingüísticos y los múltiples detalles emergentes en sus análisis, y a pesar de la sobriedad de los mismos, la investigación habría quedado bastante opaca si el autor no hubiera hecho una conclusión tan ordenada, concisa y clara como la que nos ofrece. Claras y concisas como los propios análisis (pp. 151-157). La primera conclusión mira fundamentalmente a la relación entre el TM y los LXX, punto obligado de una investigación de este tipo: en qué medida la traducción griega de los LXX refleja un texto base hebreo cercano o lejano al TM. El autor, como conclusión de su análisis, no duda en afirmar que el traductor griego ha tenido un texto hebreo que se diferencia en numerosos detalles del TM. La prudencia del investigador le hace decir, sin embargo, que “il traduttore legge una *Vorlage* vicina, ma non del tutto corrispondente al TM” (p. 151). De hecho, los casos en los que puede hablarse de una diferencia neta entre el TM y los LXX no son numerosos, y no todos tienen en el mismo grado de certeza. Los más significativos son los que presentan cuatro pasajes que el Prof. Pierri pone en clara evidencia: Am 1,3; 2,4; 6,7 y 7,1. Otros pasajes de importancia son: Am 1,8; 3,13; 5,16; 6,8.14; 7,6; 8,3.11; 9,15.

La investigación es un espejo limpio del constante equilibrio y alta sensibilidad que el Prof. Pierri muestra frente al texto. Saber medir las cosas con serenidad ha de ser práctica del filólogo, y él, en todo momento, ha hecho honor a su profesión. De ahí las numerosas diferencias y distinciones que encuentra en la comparación de los textos, pues —y esto lo deja muy claro a lo largo de toda la obra— no toda diferencia con el TM ha de considerarse una verdadera “variante” que tiene su base y correspondencia con una divergencia textual. Así, ha sabido separar en su análisis lo que podría corresponder o estar motivado o causado por el texto mismo de base y lo que podría ser propio del traductor. Así, por ej., las diferencias que provienen de una vocalización del texto consonántico que dan como resultado un léxico diferente (cf. Am 1,6.9; 2,15; 3,11; 4,5.10; 8,8.12; 9,6), lo que

manifiesta, además, una probable “tradizione di lettura alternativa a quella che poi si impose col TM” (p. 151).

Pero también, el autor muestra con claridad los usos estilísticos y expresivos que detecta en la traducción griega y que reflejan ante todo la labor de calidad del traductor, y que no deben considerarse verdaderas discordancias con el TM. Así, las integraciones propias del traductor (cf. por ej. Am 2,4 donde, con el fin de uniformar textos precedentes o sucesivos — Am 2,11; 3,12; 4,5; 9,7— escribe el término “hijos” υἱοί (υἱῶν Ἰουδα) sin correspondencia en el TM. Otros ejemplos de tendencia a la unificación de expresiones puede verse en 3,1 (cf. 3,13; 5,1); 7,7 (cf. 7,1.4; 8,1); 7,16 (cf. 3,13; 6,8; 7,2.5; 8,7; 9,8); y 8,4 (cf. 4,1). En cuanto a las integraciones o añadiduras del traductor, el Prof. Pierri detecta tres clases: las que se deben a exigencias estilísticas, o a veces de la misma lengua (cf. Am 2,2.13; 3,4.5; 4,1; 5,1; 5,6; 7,3.11; 9,5); las originadas por el interés de armonizar lugares (cf. Am 1,3; 2,4.7; 6,2; 8,4); o las que tienen la intencionada función de enfatizar (cf. Am 1,15; 2,8; 3,11; 4,2; 6,2.3.6.9; 8,4). El interés estilístico, a veces de tipo retórico (cf. Am 1,6; 4,9.13), parece ser una característica muy presente en el traductor. Un claro ejemplo de este interés se observa en la intencionada finalidad estilística que presenta la traducción de la *waw* hebrea por δέ, en lugar de καί, en distintos lugares del texto (2,9; 4,7; 7,11.13.17). Índice también de la preocupación estilística es, por ej., la adición del posesivo αὐτοῦ, para establecer un paralelo de expresiones, en 5,19: εἰς τὸν οἶκον αὐτοῦ... τὰς χεῖρας αὐτοῦ.

En otros casos, el traductor manifiesta su tendencia a traducir no palabra por palabra, sino correspondencias semánticas de una lengua a otra, dando prueba así de haber entendido la polisemia inherente en una determinada raíz hebrea (cf. Am 2,8.15; 3,3; 4,2.5; 5,5.7; 6,12; 7,1.9; 8,6). El traductor es ciertamente bilingüe, muestra un conocimiento seguro de ambas lenguas, tanto del hebreo como del griego, aunque en algún momento su traducción esté falta de congruencia (como los casos que el autor pone de relieve en el comentario de 1,11 y 4,13). El recurso a la *variatio*, por razones estilísticas y semánticas, es otro uso —esta vez bastante frecuente (cf. pp. 152-153)— en el traductor de Amós, que manifiesta así su refinado gusto literario alternando preposiciones, expresiones, verbos... para no hacerse repetitivo.

Muchos detalles más podrían aducirse como consecuencia de la mera y, en parte, cuidadosa labor traductora. El Prof. Pierri pone de

relieve el uso del idiomatismo griego τὰς ἐν γαστρὶ ἐχούσας en 1,3.13, para traducir el adj. Sustantivado הָרָה. Dicho idiomatismo es, en efecto, frecuente en la literatura griega (cf. Hipócrates, *morb. pop.*, 1,2,8; *aër. aqu. loc.* 10,26; *Aphor.* 5.30.31.34.37.38.44.51.52.55.60.61; *Prorrh.* 2,22; Filón de Alej. *Cong.* 128,1; 137,5; 139, 1.2; *Fug.* 204,3; etc.), como también en los textos bíblicos (LXX y NT, cf. Gn 16,4.5.11; 38,24.25; Ex 21,22; Jue 13,5.7; 2 Sm 11,5; 2 Re 8,12; 15,16; Job 21,10; Os 14,1; Is 7,14; 40,11; Mt 1,18.23; 24,19; Mc 13,17; Lc 21,23; 1 Tes 5,2; Ap 12,2). El traductor podría haber recurrido a otro adj. sustantivado, ἔγκυος, menos frecuente en la literatura bíblica (cf. Sab 42,10; Lc 2,5) y más usual en la literatura griega (Ésquilo, *fr.* 34A. 358.2; Heródoto 1,5; 6,131; Hipócrates, *Aphor.* 5,42; *purg. o rem.* 94,6; Aristóteles, *HA* 522a. 541a. 546a. 581a, etc.).

Una importante observación, que va más allá de lo puramente literario, es la constatación que hace el Prof. Pierrri sobre la sensibilidad que el traductor griego muestra respecto a la polémica cultural (pp. 153-154), y que expone en diversos apartados: pone de relieve a Jerusalén ya desde el comienzo del libro y su Templo, que denomina expresamente ἄγιον (1,1 y 4,2); polemiza abiertamente contra el templo cismático de Samaría (3,10-12) y con cultos alternativos (4,5) y místéricos (7,9); evita cualquier referencia a divinidades paganas (importante el comentario a 1,4 en p. 43); hace lo posible para evitar cualquier relación entre Dios y los astros (5,8), así como cualquier signo de antropomorfismo (7,3.6), recurriendo incluso a la sintaxis del texto (paso de la 1ª sg. a la 3ª sg), como en 8,9; polemiza contra las costumbres (3,7; 5,11). Y es probable que en la aparente omisión de algunos topónimos pueda haber, según advierte el autor, algún motivo de polémica (cf. 1,5; 5,5, cf. 8,14). Con todo, advierte el autor que “il tono polemico non deve oscurare la lettura messianica di 4,13 (τὸν χριστόν vs. מֶה שְׁחֹר)”, y que —añade— “in questa chiave va letta l’omissione del nome Davide in 6,5” (p. 154).

En una palabra, el Prof. Pierrri ha sabido exponer no sólo lo que diferencia el TM del texto de los LXX en cuanto a variantes textuales propiamente dichas, indicio de la divergencia de textos, sino también las características propias del traductor en lo que se refiere a su función en cuanto tal y a sus tendencias estilísticas. Es probable que en el traductor griego de Amós tengamos a un traductor consciente de su trabajo en todos sus aspectos, y que en muchos casos pretenda evitar el puro literalismo. Sin embargo, a tenor de lo que se desprende

del análisis, el autor no teme decir que “il testo de AmLXX certamente non entusiasma quanto a scorrevolezza ed eleganza. Il rispetto dell’ordine delle parole della *Vorlage*, e qui risiede il fattore che più pregiudica in senso lato un buon esito in greco (e di qualsiasi traduzione), è costante, e talvolta dà risultati piuttosto goffi” (p. 155), como los evidenciados en 5,3.22. La lingüística moderna nos lo advierte de continuo: la estructura superficial de una lengua, junto con su léxico, puede o no corresponder en unos casos u otros a la misma estructura en otra lengua, por lo que el verdadero traductor ha de buscar una correspondencia en la estructura profunda de la lengua receptora. Las correspondencias de lengua a lengua no se dan atómicamente, sino estructuralmente; y no sólo en las estructuras sintácticas, sino también en las de léxicos (campos semánticos), en los modismos (“idioms”), e incluso en el estilo. A veces hasta se dan sustituciones o corrimientos dentro de las equivalencias: a una estructura morfológica puede corresponder una estructura de campo semántico. De ahí que no se deba imponer el calco del léxico o de la sintaxis original de una lengua a otra. El traductor griego de Amós parece haber tenido en ocasiones muy claros estos principios, aunque su apego al texto que le ha servido de base nos invite a censurar su calidad de “excelente” traductor. El Prof. Pierri nos alerta a este respecto haciendo hincapié en la sensibilidad lingüística del traductor, a pesar de los casos de descuido que pueden señalarse en algunos momentos, como en 1,11; 4,13; 5,3.22.

No olvida el autor preguntarse, por último, por la persona del traductor tal como se transparenta en su propio trabajo. Se trata, con toda probabilidad, de “un ‘dottore’ delle Scritture, uno scriba, appunto, che non soltanto può ricordare i passi simili, affini o magari adatti all’interpretazione che intende dare in un determinato luogo, ma che, probabilmente, è in grado, se necessario, di consultarli” (p. 157).

La claridad y rigor de método, en fin, además de la precisión y sobriedad de los análisis, notas dominantes de esta investigación, la convierten en una obra modélica, en una guía seria para quienes deseen afrontar otras comparaciones, de las muchas que quedan por hacer, entre el TM y los LXX.

ÁNGEL URBAN
Universidad de Córdoba